

llozar, que era como el estallido con que saltaba desbordada su ternura por entre los rocas del orgullo y de la entereza varonil.

Y aquí el Coronel hizo la gran tontería, cayó en el mayor oprobio de su vida, rompió á llorar como una criatura; lloró de emoción y de vergüenza por haber calumniado mentalmente á aquel amigo.

El mediquito Villegas estaba confundido, ruboroso, y sentía gran descontento de sí mismo. Mas para tranquilizarse, decíase en su conciencia:

"¿Yo qué sabía de tal historia? ¡Lo que yo pensaba era lo que en mi caso hubiera pensado todo el mundo!"

Y tenía razón.

EN LA VOLADURA

EPISODIO DE 1873

I

Acababan de pasar como olas de fuego y de sangre ante mi niñez aterrada aquellos aciagos días de Junio y Julio de 1873, aquella inútil y desoladora tragedia de la *cantonalada* sevillana, cuyos horrores é incertidumbres mortales arruinaron para siempre mi salud y empañaron por largo tiempo mis juveniles alegrías.

La sacudida fue tan ruda para mi pobre sensibilidad, que durante muchos meses permanecí bajo el influjo de una verdadera obsesión de terror.

Ante mis ojos alucinados persistía el vivo y siniestro flamear de los incendios lejanos, y en mi cerebro seguía retumbando el bárbaro trueno del cañón respondido por las descargas de fusilería, en el salvaje diálogo de muerte empuñado entre la tropa y el pueblo. En mis oídos continuaba sonando el estridente y desacondado tañer de las cornetas de los *pelotones*; y á cada paso me estremecía creyendo oír distintamente el fragoroso estruendo producido por el

desplome de manzanas enteras de casas que alzaban, al derrumbarse, nubes de polvo densísimo que se confundía al negro humo de los incendios y á los rojos fogonazos de las armas de fuego; y sin cesar veía delante de mí el trágico grupo de soldados insepultos con que tropezamos en la *Puerta de la Carne* al acudir, recién entrada la tropa, á visitar á unos amigos que vivían en el sitio de mayor peligro.

Muy pocos días después, humeantes aún las ruinas del barrio de *San Bartolomé*, y en una de las casas que más padecieron en el combate, de que hablaban con harta elocuencia sus paredes y puertas acribilladas á balazos, calcinadas y ennegrecidas por el reciente incendio; allí, en el hermoso patio en cuyo centro se amontonaban entre los escombros, vigas astilladas, esqueletos de muebles, pavesas de esteras, cortinas y cuadros, añicos de cristales, azulejos y vajilla; allí, en aquel lugar, el más propio para semejante relato, me refirió el anciano general este episodio, rogándome bondadosamente que no dejase de contarle alguna vez para que sirviera de saludable ejemplo.

II

—¡Yo, hija mía—comenzó el viejo soldado,— como buen marino, creo en Dios, que no puede negarle quien le ha visto como en un espejo reflejarse en la grandeza del mar, tan místicamente bello en sus calmas y tan trágicamente sublime en sus furioses, quien tantas veces se

ha sentido á punto de muerte y se ha asomado al borde de la eternidad! Y como creo en Dios y le amo con todo el fuego de mi alma apasionada y de mi temperamento impetuoso y militar, nada me duele ni me irrita, ni me descorazona tanto, como el ver que existen hombres tan sacrílegos é ingratos que se atreven á negarle.

Así, de todos estos horrores que acabamos de presenciar, nada me ha impresionado tanto como este suceso, de parte del cual acabo de ser testigo.

Ya saben ustedes—continuó haciendo su relato extensivo á los presentes que comenzaban á prestarle atención—que yo me encontraba en San Fernando al comenzar el drama de la Carraca, que ya les contaré otro día, y que por una casualidad entré con las tropas y con mi amigo el general X, en Jerez cuando fue tomada. Pues bien, cuando nuestras primeras avanzadas llegaban á los muros de la famosa ciudad del vino, un hombre... un energúmeno á quien los jerezanos apodaban por su frenético ateísmo *Juan sin Dios*, un descamisado torvo, sucio, harapiento y melenudo, cuyo repulsivo aspecto traducía toda la negrura de su alma sin luz y sin esperanza, enferma de desamor, hidrófoba de odio irracional hacia Aquel á quien negaba furiosamente—sin sospechar que aborrecerle era afirmar su existencia;—pues bien, este desequilibrado, este poseído de quien hablo, una hora antes de sonar el primer cañonazo, tuvo la audacia de negar y de retar sacrílegamente á Dios dentro de un templo lleno de fieles.

A deshora, y cuando nadie podía esperar semejante atentado, sin que se oyese ni el rumor de sus pasos, porque calzaba alpargatas, penetró en la iglesia, trepó rápida y furtivamente, como bestia felina, las escaleras del púlpito, y una vez arriba, gritó desde él con voz enronquecida por la cólera: "¡Miserables fanáticos que me oís, yo juro en nombre de la *regeneración social*, que ese fantasma que adorais es mentira; juro... ¡oidme bien, que Dios no existe!"—Un grito de horror resonó en todo el templo, y antes de que los fieles se hubieran ruego de su asombro, el monstruo, frenético, arrancó á su dosel de terciopelo negro, franjeado de oro, un crucifijo que había, según costumbre, en el púlpito, y rugió con verdadero acceso de odio satánico: — ¡Ciudadanos, yo, Juan García, á quien vosotros apodais *Juan sin Dios*, quiero justificar mi sobrenombre y repito que Dios no existe! ¡Y en prueba de ello, mirad lo que hago con ÉL!—Y golpeando y rompiendo brutalmente el santo crucifijo contra el antepecho del púlpito, arrojó sus pedazos al suelo, mientras un murmullo de horror y una oleada de indignación conmovía al concurso. Y como en aquel momento sonasen las doce en la torre de la iglesia, el ateo gritó:—¿Oís? ¡Son las doce; si hubiese Dios, antes de una hora me habría castigado!

Un grito agudo, indefinible, resonó en el templo y, simultáneamente, todos los ojos se fijaron en una pobre anciana, pálida y demacradísima, que sacando los brazos desnudos por entre los flecos del andrajoso mantón, adelantóse hacia el púlpito en actitud resuelta, trágica, sibilítica,

abrió los descoloridos labios como para pronunciar algo solemne ó terrible, y extendiendo de pronto los brazos descarnados, se desplomó exánime entre un grupo de mujeres que acudieron á sostenerla. ¡Aquella infeliz era la madre de Juan García!

Entre tanto, un sacerdote, envuelto en ancha toalla litúrgica, arrodillábase al pie del púlpito, y trémulo, llorando de piedad y de santo horror, recogía con honda reverencia los restos de la imagen sacrilegamente profanada.

En cuanto á Juan García, aprovechando el tumulto de los primeros momentos y la suspensión que produjo el desmayo de la anciana, había desaparecido, á tiempo que en las barricadas sonaban destempladamente las cornetas, llamando al combate á los *defensores* de Jerez.

III

Los primeros tiros produjeron en aquel paisanaje indisciplinado y ajeno á la milicia un verdadero pánico. Pero al cabo—añadió el general con noble orgullo de raza—recordaron que eran españoles y no dejaron de probarlo. Mas hay algo en que el valor no puede suplir nunca á la pericia y al ejercicio militar, algo que no se improvisa, que es la práctica en el manejo de las armas de fuego; y aquellos pobres ilusos, que *no las habían visto más gordas*, no sabían por dónde se coge un cañón. Es verdad que muchos de los que tenían eran unas *chocolateras* inservibles, y acaso el peor de todos fue el que emplazaron en la barricada, en-

tre cuyos defensores figuraba Juan García. A mayor abundamiento, y con la torpeza propia de la ignorancia, habían cargado hasta la boca la roñosa máquina, y el *artillero* que la servía, un pobre peón de albañil que en su vida olió la pólvora, temblaba como un azogado sin decidirse á aplicar la mecha á aquella antigualla del año ocho. Cuando *Juan sin Dios*, que era hombre de bríos, reparó en el miedo del cuitado albañil, le arrancó la mecha de la mano, aplicóla al oído de la pieza atascada, maziza, de pólvora y metralla, y... ¡Santo Dios! ¡Qué estampido! El cañón reventó con explosión formidable, y barricada, piedras, fusiles, hombres... todo voló por el aire, en medio de un torbellino de fuego, de humo y de polvo que anubló por algunos momentos el sol. En aquel momento sonó la una en la torre de la iglesia en que Juan García había osado retar á Dios.

Y la gente, sabedora ya del sacrilegio y sobrecoyida de pánico ante la catástrofe, corría por las calles de Jerez gritando: "¡Milagro, milagro! ¡Castigo del cielo!"

IV

—Claro está que del ateo no quedaría ni rastro—observó uno de los oyentes.

—Cuando al siguiente día entraron las tropas en Jerez—continuó el bravo marino con la voz algo anudada por la emoción—entré yo con ellas, como saben ustedes; y cuando varios días después el general X. fue, según costumbre, al hospital á visitar y socorrer á los heridos de

ambos campos, el cirujano militar á quien estaban encomendados los más graves, nos dijo deteniéndose ante un lecho, donde entre hilas, vendajes y apósitos, se veía aparecer un cuerpo mutilado, sin piernas y con un solo brazo cubierto de llagas, y una cabeza informe, peluda, sangrienta, sin ojos y sin piel y con la quijada inferior casi deshecha y colgante:—Ahí tienen Sus Excelencias á *Juan sin Dios*.

Con un gemido tan hondo, apagado y angustioso, que dolía á los que le escuchaban, articuló el monstruo agonizante algo que significaba:—¡No... no... no!—Aunque sólo las oes resonaban cavernosamente en el fondo de su anheloso pecho; pero la negación leíase más que en la expresión de su fisonomía—¡porque ya no tenía expresión, ni fisonomía, ni faz humana!—en la crispatura de su cuerpo arqueado convulsamente como para protestar, ya sin habla y sin rostro, del horrible nombre que debía á su ateísmo. Aunque era difícil entender un lenguaje sin palabras y penetrar en la conciencia de un sér mudo y amorfo, tal había sido el esfuerzo del infeliz, que me pareció adivinar su protesta y, no sin repugnancia, me acerqué á su cama.—¿Qué es eso, *hermano?*—le pregunté dándole intencionalmente ese caritativo nombre.—¿Es que ya no quiere usted llamarse *Juan sin Dios?*

El tronco informe se agitó dolorosamente y la cabeza lacerada se dobló con angustioso esfuerzo en señal afirmativa.

—¿Cree usted ya en Dios?—le pregunté conmovido.

El pobre resto humano movió lentamente su

único brazo llagado, y sujetándose penosamente la quijada colgante, articuló:— ¡Sí..í lo..o he..e vis... vis.. vis..!—Y como no pudiese decir más, se llevó la mano vendada al sangriento alveolo de uno de sus ojos que mostraba su terrible oquedad por entre los vendajes.

—¿Dice usted que lo ha visto?—pregunté yo, haciendo por caridad un esfuerzo de interpretación.

El infeliz tornó á llevarse la mano á la deshecha boca, y sujetándose la desencajada mandíbula, lenta y congojosamente silabeó, más con la voluntad que con la lengua, una frase que todos pudimos percibir.

—¡En... la..a vo..la..dural—gimió con eco ya estertoroso aquel sangriento despojo de hombre.

Y nadie osó pronunciar palabra ni exhalar exclamación.

Todos percibimos la grandeza de aquel momento, la sublime revelación de Dios al alma rebelde en la hora trágica de la expiación! Y por el curtido rostro del general, por las pálidas mejillas de la hermana de caridad, por el adusto semblante del cirujano endurecido en su oficio, resbalaron lágrimas silenciosas, que eran el más elocuente comentario á la confesión suprema del ateo.

EL DÍA DE SOL

I

Hay recuerdos que se agarran á la memoria más fuertemente que la hiedra á las ruinas... ¿Por qué? Uno de ellos es el que ahora se empeña en venírseme á los puntos de la pluma. Y á fe, lector, que si fueses de los devotos del sensacionalismo al uso, bien harás en no seguirme, porque no hallarás en mi excursión sino anti-guallas y ñoñeces.

Esta remembranza me viene, como quien dice, del Oriente, de Sevilla y de los días en que, fri-sando yo en los doce años, servía de báculo vivo, á los setenta muy cumplidos, de mi abuela, que se gozaba en llevarme consigo á visitar las *mocitas de su tiempo*, como ella graciosamente decía. Y como casi todas aquellas *mocitas* pasaban de los ochenta, y no había una que no recordase al rey José, fácil es imaginar la serie de vetusteces que yo veía en aquel interminable visiteo. Para rehacer todo aquello necesito recurrir á la *memoria de los sentidos*, tan intensa en la niñez, que todavía quedan en la mía dejos de aquellas impresio-

nes, tales como los redondos perfiles de un Niño Jesús, de cera, las voluptuosas dulcedumbres de una caja de caramelos ó de un jamoncito de mazapán—golosina predilecta de nuestras abuelas,— ó de alguna otra chuchería con que las venerandas amigas procuraban compensarme el mortal aburrimiento con que aguantaba yo, sumida en sopor nirvánico, la exhumación de cosas y memorias cuya extrañeza y lejanía me admiraba.

II

De todas aquellas arcaicas señoras recuerdo particularmente á la marquesa de M., cuya casa y persona tengo como fotografiadas en el cerebro. Vivía allá, por la Alameda de Hércules, en una callecita, por entre cuyas piedras y aceras crecía en aterciopelados flecos la fresca hierba que guarnece los rincones *más sevillanos* de Sevilla. La casa era típica: á un lado del zaguán *el poyo* revestido de azulejos, sobre la reja el nicho con la Virgencita, de barro; el patio y escalera solados de ladrillos rojos, alternados con azulejillos trianeros y los corredores soleados, abrigaditos con sus esteras de *pleitas*. La luz, como sevillana; el silencio y el orden conventuales, hieráticos, y las figuras del cuadro, la Marquesa y la valetudinaria sirvienta, dignas del fondo arqueológico. Habiendo frecuentado tal casa, puedo afirmar que he vivido algunas horas en la época de Carlos IV.

Tenía el salón techo de bovedillas, puertas de carterones, ventanas de cierro, y se honraba

con mobiliario *Imperio*, de caoba, tapizado con tela de cerda negra y decorado con mucha perinola, chapa y clavetería de bronce; sin que faltasen, la consola y rinconeras, luciendo aureos jarrones de Sevres con flores de trapo, descoloridas, cobijados por altos fanales verdosos; y llenando el testero principal, los retratos de una dama contemporánea de María Luisa y de un caballero de casacón, encerrados en anchos marcos barrocos, rematados en los egregios escudos de la casa.

Mientras yo observaba sin interés todo esto que ahora tan bien recuerdo, la Marquesa, una sevillana chiquitita, fina, bonita, miniatresca, que usaba á la moda de sus juventudes tirabuzones—ya muy blancos,—colgantes desde las sienes, y llevaba siempre gafas de oro, fichú de encaje negro y negros mitones de malla de seda, hablaba largamente con mi abuela de cosas y de gentes que jamás he podido recordar, genealogías aristocráticas cuyas laberínticas ramificaciones se perdían en la noche de los tiempos, é intercaladas á ellas interminables notas biográficas y sabrosos incisos recordatorios de cosas y personas desde largo tiempo fenecidas.

De pronto la conversación, saltando de familia en familia, recayó en las propias de las interlocutoras, y al tocar como quien dice en lo vivo, adquirió animación vibrante.

Habló mi abuela de íntimos recuerdos, de pérdidas muy lloradas, de las penas que dan los hijos... y la Marquesa, levantando vivamente la noble cabeza de color y perfiles marfilinos, suspiró con amargura que contraía sus tenses labios:—¡Penas de los hijos, amiga mía, á

lo menos son penas propias, penas de lo que ha sido alegría y calor nuestro, noche de un día de sol; pero... ¿y mi vida, que nunca ha sido para mí!

Hirió mi sensibilidad aquella tragedia íntima que asomaba la lívida faz por entre tan suave-placideces y colgué, por decirlo así, mi atención de los marchitos labios de la protagonista. Yo esperaba el relato de una novela romántica, llena de incidentes y aventuras, y palpitaba de impaciencia, atraída por la seducción de lo dramático; pero... he aquí lo que dijo la señora, nada... y tanto, que no lo olvidaré nunca.

—Bien sabe usted, amiga mía, que mi padre, *realista hasta el hueso*—según su expresión— y mi hermano liberal, *negro* hasta la médula— como él decía, —arruinaron nuestra casa y mataron á desazones á mi pobre madre; y ya recordará usted que por ser yo la mayor de las hembras, tuve que hacer de madre para con las pequeñas, mientras hacía de hija para con mi viejo tullido. Quince años duró la parálisis de mi padre, que no movía pie ni mano, clavado en su sillón, y en todo ese tiempo yo no salí sino á misa de alba los días de precepto. Cuidando á mi enfermo y atendiendo á los niños se me fué la juventud, sin que tuviere momento ni aun para mirarme al espejo ni asomarme á los balcones ni aun en días festivos. Y... claro está, cada cual tiene su alma en su almarío; yo no era del todo fea—debía haber sido preciosa;—vivía, de lo que se vive, de ilusiones... y había oído decir que todos alcanzamos en la tierra *un día de sol*.

Yo esperaba con ansia aquel día; pero no

que llegase á costa de la vida de mi viejo, y velando por él, me olvidaba de que mi juventud se iba como el agua por las pendientes. Cuando murió mi padre, pasaba yo de los treinta años; la casa estaba del todo acabada; mi corta fortuna y mi flaca persona hacían grande falta á mis hermanas. Pepa... ya sabe usted, enferma, viuda y con cinco hijos... ¿quién había de ampararlos? Después vino la desgracia de Luisa; Carlos la abandonó, dejándole aquellos dos retoños que heredaron la terrible condición de su padre. Y... ya sabe usted lo que me tocó sufrir... ¡Hasta de obra me maltrataron; llegaron á pegarme, amiga mía, aquellos locos de sobrinos!... ¡Mire usted, y no puedo dejar de quererlos! Y ahora que mis sobrinos se han marchado á América, cuando la pobre Luisa empezaba á respirar, me la quita Dios, un año después de haber perdido á Pepa; y al fin de mis días, me encuentro pobre, sola, postrada en este sillón, casi ciega, y sin haber visto nunca ese día de sol que dicen que todos gozamos en el mundo. Pero... ¡cómo ha de ser, amiga de mi alma! ¡Será que á los que no lo alcanzamos en la tierra, Dios nos guarda, para más allá de la vida, otro día de un sol que no se apaga!

Cuando esto decía, con la voz ahogada en lágrimas y estrechando entre sus manos exangües las manos de mi abuela, su rostro de marfil se iluminó con resplandor más que humano; y yo ví en torno de aquella suave cabeza esbozarse los horizontes de la eternidad, sobre los cuales se alzaba un sol de justicia, rayaba un día sin noche, el día de sol que no luce para los buenos aquí abajo.

EL PAN DE LA GUERRA

PÁGINA VIVA

A D. Gaspar Núñez de Arce.

Aún vivía el segundo de los veteranos de la *Independencia*, que tuve por ayo ó rodrigón en mi niñez, el bueno del señor Miguel Roch, catalán como mi abuelo materno, á cuyo lado combatió en aquella inmortal campaña, y ya leía yo con voraz entusiasmo en los sugestivos *Episodios* de Galdós las memorias de aquellos grandes días que ellos alcanzaron, la historia imperecedera que ellos vivieron y forjaron con sus propias acciones heroicas, aunque oscuras y olvidadas.

Así, cuando por una siesta de verano y á tiempo en que más enfrascada me hallaba en la lectura de *Gerona*, escuché en la cocina y entre tumultuosa zalagarda femenil la voz áspera y honda y el fuerte acento catalán del veterano pronunciar nombres de lugares y personajes de aquella gran tragedia que tan absorta, y suspensa me tenía, cerré de golpe el libro y solicitada por interés más agudo, corrí á bañar el alma en aquel moribundo rayo de gloria, á

leer ansiosamente aquella página viva de la epopeya nacional.

Hallábase el veterano, á pesar de su senectud, enhiesto, y por encima de su amarillez, rojo de ira, arrogante de apostura, fieramente hermoso, en medio del grupo bullanguero, burlón y agresivo de la satírica y guasona servidumbre andaluza, que asaeteándole con pullas y alfilerazos, gozábase en provocarle y enfurecerle, como se gozaría en hostilizar á un león moribundo una turba de gatillós saltarines ó de gozquezuelos ladrones.

—*¡Mare de Deu, yo cobarde!*—gritó el catalán, rojo hasta en la calva:—Yo, que me escapé el año ocho *da Barselona* con otros tres de mi compañía, y nos fuimos al Bruch, y nos juntamos con aquellos somatenes de Vendrell y de Arbós, de donde era el amo que esté en gloria, y despaché yo solo con mi fusil y mi bayoneta cuatro dragones de Schwartz (Dios sabe cómo pronunciaba este nombre) y un napolitano que me dejó esta memoria!

Y hablando así, abrióse la limpia camisa, con tal furia, que hizo saltar los botones, y nos enseñó el descarnado tórax, sobre cuya amarilla piel destacábase enorme cicatriz roja que desde el hombro diestro hasta el siniestro costado le cruzaba el honrado pecho como una banda de gloria.

Yo, que llevaba los ojos inflamados y el alma deslumbrada por el ardor comunicativo de aquella lectura heroica, sentí conatos de besar la cicatriz del veterano como se besa una reliquia.

Y apaciguado con mi presencia el tumulto

cocineril, dije á mi benemérito ayo, con el cariño y respeto con que solía hablarle, considerándole como á un monumento viviente de nuestras glorias:

—Vamos, señor Miguel, cálmese, no haga caso de esas tontas, que se perecen por hacerle hablar, pero le quieren de veras y no dudan de que es usted todo un valiente que tiene muy bien ganadas las cruces que le dió el rey Fernando, y cuéntenos algo de aquellos buenos tiempos de su campaña.

Sosegóse el viejo y aplacáronle con cariñosas demostraciones las muchachas, que como buenas andaluzas tenían generoso el corazón, cuanto pesadas y provocadoras las burlas; y tan gustoso de satisfacer mi curiosidad, como de revivir sus verdes años y belicosas lozanías, contónos el bueno del señor Miguel Roch este episodio, que yo escuché como colgada de sus labios y quisiera consignar con el propio estilo breve, cortado y vibrante, donde se sentía la impresión de lo real, el resuello volcánico de la epopeya que no acertarán á conservar las páginas eternas, pero ya frías é indirectas de la historia.

Dijo el veterano:—“Como después de ver la marca que guardo en el pecho no han de tenerme por cobarde, ahora soy yo quien les va á confesar que hubo un día, mejor dicho, muchos días crueles en que tuve miedo... miedo, sí, pero no del que avergüenza á los soldados, porque no era temor á cosa viva ni á enemigos presentes. ¡Ello... no sé cómo decirlo! Pero ahí va la historia, y *ustés* la califiquen como quieran.

Era allá por los fines del año diez, cuando después de defender como leones á la *Moreneta* (la Virgen de Montserrat), á las órdenes del general Eroles, cogidos por la espalda nuestros artilleros y tomado por asalto el Montserrat, escapamos como águilas por aquellos picachos, y juntándonos luego con las fuerzas del bravo D. Luis Lacy, corrimos la tierra, arrasando cuanto topábamos, y nos internamos furiosos, con hambre de matar, hasta los peñascales de la Cerdaña francesa.

En el camino y al revolver de una senda baja que faldeaba un monte por la misma vera de un despeñadero, sentimos galopar de caballería; nos emboscamos, y á través del ramaje vimos que los que venían eran polacos, gentes de Suchet, de los que amenazaban tragarse al Principado.

¡Caballeros, qué furia la nuestra; si nos volvimos locos! ¿Que asomaba un caballo? ¡Le hincábamos la bayoneta por la barriga ó por la boca; se encabritaba y al despeñadero el caballo y el jinete! ¡Y así... hasta que no quedó uno!

Pero mientras duró la *faena*, nuestra columna siguió marchando: estábamos solos y sin raciones, rendidos de andar, con los pies hinchados y chorreando sangre á fuerza de trepar monte arriba. Tratamos de orientarnos; pero... ¡ni señal de pueblos, ni *masías*, ni tropas, ni somatenes, ni alma viviente! Y andando y cayendo, ya sin alientos ni fuerzas, acabamos por esparcirnos y descarriarnos unos de otros. Yo me encontré solo, perdido, medio muerto; y en tal estado me cogió la noche. Una noche fría en que el viento que me cortaba las carnes y el

hambre que me roía las entrañas no me dejaban dormir, y el cansancio no me dejaba velar ni mover pie ni mano.

Allá á la madrugada, el aire fino del amanecer me penetraba los huesos y me avivaba el hambre, un hambre terrible, como la que deben sentir los lobos, como yo no la había sentido nunca. Entonces hice cuenta de que casi no probé bocado en los tres días con tres noches que llevábamos de marcha, y tocante á vino y cosa caliente... ¡Dios sabía desde cuando no lo catábamos! ¡Señores míos, *ustés*, á Dios *gracias*, no saben qué cosa sea el hambre!

Es como una boca que muerde y un rescoldo que abrasa y una borrachera que vuelve el juicio y convierte á los hombres en perros rabiosos, en fieras bravías... ¡qué se yo, en algo muy malo!

Aquella mañana, yo ya no era hombre. Tuve envidia de los lobos y ansia de morder y masticular y engullir carne, mucha carne, aunque hubiera sido sangrienta y caliente y viva, y... ¡yo no sé! ¡Tuve pensamientos que me asustan cuando los recuerdo!

Tanto me apretaba aquel frenesí del hambre, que me hizo moverme: y gateando, á rastras como las culebras, tiré de mí cuanto pude y llegué hasta el mismo sitio de la matanza de la víspera.

Y allí me puse á mirar, á explorar, á husmear como un podenco algún resto de cosa comible, aunque fueran raíces ó cortezas ó madera de fresnos. De pronto y con la luz del sol, que ya se iba levantando por enfrente, ví relumbrar una cosa por entre un matorral y á la

orilla misma del despeñadero. Arrastrándome por las breñas me acerqué y me encontré con el cuerpo grandón y tieso de un pelaco, cuya coraza resplandecía al sol en medio de un charquetal de sangre. El muerto era guapo, muy mozo, rubio como unas candelas, y estaba blanco, blanco, como que no debió quedarle gota de sangre, según se hallaba cosido á bayonetazos. Esto debí verlo claro, aunque yo no creía ver ni pensar nada, porque así lo recuerdo propiamente y lo veo fijo, fijo como si lo llevara dentro de los ojos.

¡Maldito si yo reparaba entonces en que aquello era una cosa para los cristianos tan sagrada como el cadáver de un semejante, de un hermano! Yo buscaba algo que comer, algo que devorar: y como no hallase por allí caballo ni montura, ni maleta con cosa de vitualla, ni ración ni mendrugo, me acerqué al muerto, le moví y hallé que á la espalda, aplastado bajo el peso del cuerpo, tenía un morralillo de lona por cuya boca asomaba un pan negro y redondo, un pan de munición, sobre el cual me tiré con ansia frenética.

Pero al cogerlo, desatentado, como loco, sentí una cosa fría y pegajosa que me mojaba los dedos... ¡Virgen de Montserrat! El pan tan deseado, tan rabiosamente querido, el pan que era la vida que se me venía á las manos, estaba calado, empapado como una esponja en sangre humana.

¡Y me lo comí, lo devoré como un buitre, como un cuervo de los que revolaban husmeando la carne muerta por lo hondo de la torrentera!

Comí, devoré y me dormí allí mismo destroncado.

Pero ¡caballeros, qué sueño, qué calentura, qué pesadilla ó qué infierno el que me cogió con sus garras!

Yo veía entre sueños una cosa peor que la guerra, más mala que el hambre, más espantosa que la muerte. Veía una mujer alta, flaca y rubia como una extranjera, que pálida, desencajada y echando llamas por los ojos, me gritaba en una lengua extraña, pero que yo entendía muy bien:—¡Español maldito, cuervo del infierno, que te has bebido y paladeado y tragado la sangre de mi hijo, arrójala, miserable, ó te haré arrojar con ella las entrañas de tigre!

Y yo sentía *mismamente* que me clavaba las uñas como garfios y me desgarraba las carnes y me pisoteaba el vientre y me mordía el corazón como una hiena.

¡Entonces me despertaba sediento, abrasado, como loco! ¡Y así estuve mucho tiempo; no sé cuánto! Hasta que una mañana, por misericordia de Dios, desperté de aquel letargo y me encontré en una *masía*, donde caritativamente me cuidaron y sané de las calenturas, pero no del miedo.

El miedo y las pesadillas y la rabia y el asco y aborrecimiento de mí mismo por haber mordido y tragado aquel pan empapado en sangre humana... ¡eso no se me quitará nunca!

Cuando lo pienso... yo que, aunque pecador, soy cristiano y temeroso de Dios y me voy cayendo á pedazos en el hoyo grande, les juro á *ustés*, que aunque tengo á mucha honra el haber sido lo que fuí en aquella guerra, que era

de las buenas y de las santas por la parte de España, daría todas mis cruces—¡y las quiero como á las telas de mi corazón!—por tal de no haber probado aquel maldito pan de la guerra.

LA CABEZA ENAMORADA

I

A Jacinto Octavio Picón.

Cerca del punto en que la calle del *Mesón de Paredes* desemboca en la *Ronda de Valencia*, y ante el portal de un zapatero instalado en una casa baja, miserable y sucia como las más de aquel vecindario, formábase á la continua ancho cerco de gente, donde abundaban los chucuelos, que, parada en la acera y con expresión como de sorpresa y asco, miraba hacia dentro, como si allí hubiese alguna rara alimaña ó curiosidad fisiológica de las que tanto público llevan á las barracas de ferias ó verbenas.

—¿Qué es eso?—preguntaban los forasteros ó trashumantes que por aquellos contornos circulan.

—Nada... un *cenómeno*—apresurábase á contestar alguna bien enterada y oficiosa vecina

—Dios guarde á usted, señora—saltaba otra encarándose con la zapatera, que con gesto contraído aguantaba el irritante figoneo.—Y, aunque sea mal preguntao, ¿es su hijo ese infeliz?